

Patrimonio, identidad y educación: una reflexión teórica desde la historia

Heritage, identity and education: a theoretical reflection from the history

JOAN SANTACANA MESTRE

TÀNIA MARTÍNEZ GIL

Universidad de Barcelona

Resumen:

La identidad es un concepto que es posible relacionarlo con el patrimonio. Es el llamado "patrimonio identitario". En el artículo se analiza y reflexiona, a través de diversos ejemplos, sobre la capacidad educadora del patrimonio identitario y también de su perversión, de su potencial destructor.

Palabras clave:

Identidad, patrimonio identitario, educación patrimonial, nacionalismo, didáctica del objeto.

Abstract:

Identity is a concept that it is possible to relate with the heritage. It is the so-called "heritage identity". The article analyzes and reflects, through several examples, about the educator capacity of the identitarian heritage and also of their perversion of their destructive potential.

Key words:

Identity, identitarian heritage, heritage education, nationalism, learning through objects.

Résumé:

L'identité est un concept qui peut se rapporter le patrimoine. C'est ce qu'on appelle le «patrimoine identitaire». L'article analyse et reflète, à travers divers exemples, sur l'identité et le patrimoine éducateur capacité de leur perversion, de leur potentiel destructeur.

Mots clés:

Identité, patrimoine identitaire, l'éducation patrimoniale, nationalisme, didactique d'objet.

Fecha de recepción: 15-1-2013

Fecha de aceptación: 30-1-2013

El planteamiento de la ecuación

La enseñanza de las Ciencias Sociales, en especial de la Historia, por su componente ideológico, ha sido frecuentemente objeto de debate político. En este debate los planteamientos identitarios suelen poseer una especial relevancia, dado que fundamentan las tesis nacionales de los estados. Al mismo tiempo, para dar fuerza a una Didáctica de la Historia basada en estas tesis, es necesario recurrir al patrimonio histórico y cultural, puesto que éste, suele poseer una carga emocional eficaz. Algunos nacionalismos, como el norteamericano, disponen de auténticos santuarios patrióticos que son conjuntos patrimoniales, como el caso de Colonial Williamsburg, en Virginia. Otros países, como por ejemplo Chile, tienen también sus “criptas” para mantener el culto a la patria en algunos museos, como el de la Marina en Valparaíso, que conserva reliquias fundamentales para la historia nacional chilena, o bien la llamada “capilla de los mártires” de Chapultepec en Ciudad de México. En realidad, casi no existe estado o nación que carezca de ello. El problema que se suele plantear en todos estos casos, no es tanto la eficacia del patrimonio como factor identitario, ya que ciertamente lo es, sino su capacidad para *educar*. La pregunta clave es: ¿educa el patrimonio identitario o por el contrario deseduca y fomenta el conflicto? Para responder a esta cuestión es necesario plantear, en primer lugar, la relación existente entre identidad, cultura, patrimonio y educación y analizar todas las circunstancias que concurren en esta ecuación. Este es el propósito del presente artículo.

Objetos, identidad y memoria

Sin memoria dejamos de ser humanos; para nosotros, la pérdida de la memoria es una enfermedad grave que nos despersonaliza; no sabemos quiénes somos. Y es que lo que tenemos de humano es lo que recordamos de nosotros mismos. Nuestras vidas son un conjunto acumulativo y selectivo de recuerdos. Goethe, planteó muy bien los riesgos de la pérdida de la memoria en su Fausto. En realidad, Mephisto, el genio del mal, le promete a Fausto recuperar su juventud a cambio de que pierda la memoria de cuando era joven; Fausto consiente y a base de hacerle perder la memoria, lo despersonaliza, lo manipula y lo destruye. Este era

el mensaje de Goethe (Hernández y Santacana, 2009, pp. 40-42). Tal vez Goethe sabía que la memoria es un conjunto de recuerdos que funcionan en la mente mediante capas, como los estratos de una excavación arqueológica, y cada estrato está poblado de objetos. Quizás también por esto Freud, uno de los padres de la Psicología moderna, coleccionaba cacharros, antigüedades de todo tipo (griegas, romanas, egipcias, etc.). Su consultorio estaba repleto de objetos antiguos, muebles de antaño e iconos primitivos. Ciertamente, para ayudar a recuperar la memoria perdida, los objetos constituyen elementos valiosos. Un objeto evoca una escena, un momento del pasado, una historia y con ella se reaviva el recuerdo. Es por esto que el psicoanálisis sabe que la identidad va unida a los recuerdos y estos incluyen a todo aquello que nos rodea, es decir, personas y objetos. Y muchos de los objetos que nos rodean proceden del pasado y nos sobrevivirán en el futuro (Santacana y Llonch, 2012).

Esta relación entre memoria, identidad y objetos patrimoniales no sólo la estableció el psicoanálisis a principios del siglo XX sino que esta ecuación mental ha sido la causa de que se hayan escrito capítulos trágicos en la historia de los pueblos; en las guerras y conflictos del pasado y probablemente del futuro, al enemigo vencido se le roba, saquea y se le destruye todo aquello que le pueda conferir personalidad e identidad, es decir su patrimonio. Plutarco, en las *Vidas Paralelas* nos cuenta que Alejandro el Magno, después de derrotar a Darío III en la famosa batalla de Issos, ocupó la magnífica tienda del gran rey, abandonada durante su precipitada huida de este y ordenó que le prepararan el baño en su bañera de oro y *“cuando vio las cajas, los jarrones, los enjugadores y los alabastros, todo guarnecido de oro y trabajado con primor, percibió al mismo tiempo el olor fragante que de la mirra y las aromas desprendía la casa; y habiendo pasado desde allí a la tienda que en su altura y capacidad y en todo el adorno de alfombra, de mesas y de aparadores era ciertamente digno de admiración, volviendo el rostro hacia sus amigos les dijo ‘En esto consistía, según parece, el reinar’ ”* (Plutarco, *“Alejandro y César”*; *Vidas Paralelas*, XXI). Y desde entonces se rodeó de los objetos capturados al persa. Pero la victoria no consiste sólo en saquear al enemigo, sino en destruirlo para siempre. Por ello hay que eliminar todo aquello que constituya su motivo de orgullo, sus recuerdos, sus héroes, su cultura, sus monumentos, en definitiva, su identidad. ¿Qué otra cosa no fue la ocupación de Polonia en la Segunda Guerra Mundial? O bien, ¿Por qué motivos se destruyó la famosa biblioteca de Sarajevo? ¿Por qué

motivo los obeliscos egipcios estaban en los circos de Roma? No es sólo el pillaje lo que importa en estos casos; es la destrucción total de la memoria y con ella la identidad del vencido; de hecho la destrucción más completa de las identidades de las personas y de los pueblos pasa siempre por la destrucción previa de su memoria, de sus recuerdos y de todo aquello que se asocia el recuerdo.

Identidad y cultura

La identidad puede definirse de muchas formas, desde identidad cultural a identidad política, social o nacional; en todo caso es un sentimiento que implica compartir algo, normalmente valores, creencias, lengua, sangre, tradición, leyes, costumbres o territorio. Es evidente que la identidad cultural suele ser mucho más profunda que la identidad política o nacional; la cultura, que es la base de todas las formas identitarias, entendida en el sentido antropológico, tal como la definió en 1871 Tylor “incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres, y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre” (Tylor, 1920, pp. 1-3) o como escribió Clyde Kluckhohn, “consiste en un conjunto de patrones -explícitos o implícitos simbólicamente- que integran realizaciones características de los grupos humanos y sus materializaciones en artefactos; el meollo esencial de la cultura lo forman las ideas tradicionales (es decir, acumuladas por derivación y selección histórica) y, sobre todo, sus valores inherentes; los sistemas culturales pueden considerarse como resultados de la acción humana, por una parte, y como elementos condicionantes de ulterior acción, por la otra” (Veals y Hoijer, 1968, p. 262). Por lo tanto, lo primero que compartimos los humanos es la cultura de nuestro grupo, que podemos identificar con la tribu, la patria, la raza la lengua y un sinnúmero de conceptos. Ella nos proporciona la base de nuestra primera y fundamental identidad; la memoria colectiva es la que refuerza nuestros lazos de identidad. Pero, ¿cómo se materializa esta memoria colectiva? Uno de los receptáculos de la memoria de los pueblos es la historia y el patrimonio común que se le suele asociar. Y ello es así tanto en los pueblos que gozan de una gran tradición escrita como también en aquellos que carecen de la misma; ciertamente esta historia y este patrimonio que proporcionan identidad son diferentes según se trata de pueblos con

escritura o pueblos ágrafos; en las sociedades ágrafas africanas del siglo XX, al no disponer fácilmente de registros escritos, generaron una rica memoria visual; las esculturas de madera que representan a los antepasados constituyen la base de la memoria familiar y tribal. Se recuerda a las personas mediante las esculturas que representan a todos y cada uno de los antepasados; sus historias y los mitos asociados a estos muñecos de madera, se transmitían oralmente de padres y abuelos a hijos. Porque las esculturas de los bisabuelos y abuelos son las denominadas *gentes de madera*, un universo de antepasados que son recordados gracias a estas esculturas que los simbolizan, identifican y hacen presentes. Así, una escultura africana, como las que tanto fascinaban a Pablo Picasso a principios de nuestro siglo XX, para él era simplemente un elemento estético, pero para la familia que lo había poseído era mucho más: se trataba de su historia colectiva, de su memoria, de su identidad. Cuando en 1935 el misionero Efraím Anderson intentó comprar una de estas estatuas a una mujer africana de la cultura *bember*, ésta le respondió: “no la puedo vender porque es mi padre” (Santacana y Hernández, 2011, pp. 37-40)

En realidad, los conceptos que hay detrás de las “gentes de madera” de las culturas del África subsahariana no son muy distintos de los que había detrás de los *dii familiaris* del mundo romano; también en Roma había una memoria a los antepasados cuyas máscaras funerarias eran llevadas en procesión el día de los aniversarios y se veneraban en los altares de los atrios de las casas, junto con los dioses protectores, auténticos espíritus de los antepasados difuntos. Cuando el cristianismo quiso desarraigar la tradición cultural pagana, se desencadenó una lucha contra estos altares y contra los lares familiares; la destrucción de los lares, los *dii familiares*, era la fórmula para destruir la memoria y la identidad que la religión tradicional imponía. Y es que el soporte de la memoria colectiva y de la identidad siempre suele materializarse en algunos elementos, bien sean estatuas, símbolos, lugares o monumentos. Todo ello forma parte del patrimonio identitario.

Si el culto a los *dii familiares* fue erradicado de la Europa cristiana, la identidad familiar y personal ha sido sustituida posteriormente por los patronos, los santos, las banderas o los equipos de fútbol. Por lo tanto, puede decirse que también hay una identidad grupal, que reside a veces en el grupo familiar, basada en la memoria familiar, en el patrimonio heredado. La identidad familiar ha tenido una gran importancia y ha generado lazos importantes de cohesión entre grupos y también ha sido

causa frecuente de conflictos. ¿Qué otra cosa fueron las luchas entre familias en las ciudades italianas del *Quattrocento*?

La idea moderna de identidad, desde Maquiavelo, ha pasado de la familia al concepto de “estado”. En *Il Principe* aparece claramente reflejada esta idea, que va a ser una de las bases de la modernidad. La identificación de una familia con un estado va a ser la base de esta concepción identitaria de la política. Así el estado florentino se identificó con los Médicis como el ducado de Milán se identificó con los Sforza; sin embargo, la potente explosión de ideas que representó la reforma y la contrarreforma religiosa, conferiría a la religión la bandera identitaria; desde el siglo XVI fue la religión la que se impuso como identidad cohesionadora, pero también como identidad excluyente e intolerante (Delumeau, 1967). La religión ha conferido elementos identitarios a muchos pueblos y ha sido una de las bases de apoyo de muchos nacionalismos posteriores. Naciones que se han formado a base de haber aglutinado cristianos contra turcos, luteranos contra católicos, latinos contra ortodoxos, sunitas contra chiítas, etc. Y es que el potencial identitario de la religión ha sido siempre muy importante, tanto para unir a pueblos como para separarlos.

Finalmente, en el despertar del mundo contemporáneo, las lenguas han sido otro de los elementos aglutinadores de identidades; así bajo el estandarte de la lengua se unieron los pueblos alemanes e itálicos ya en 1848 pero también fue el factor lingüístico uno de los que hicieron estallar en pedazos el Imperio Austro-Húngaro.

El patrimonio como un elemento identitario de la cultura: historia y símbolos

Llegados a este punto, cabe interrogarnos sobre qué papel ha tenido y tiene el patrimonio de los pueblos ante el fenómeno identitario. En este sentido, hay que recordar que el patrimonio cultural es lo que podríamos denominar la parte visible de la cultura; es como un gran iceberg del que emerge una pequeña parte y sin embargo, la mayor parte está sumergido. Cuando se analizan los elementos patrimoniales identitarios de los pueblos se comprende rápidamente el potencial que hay debajo. Quizás uno de los ejemplos más paradigmáticos del patrimonio identitario es el de la fortaleza de Massada o מצדה (Metsada) en Israel (Yadin, 1977). Se trata de una fortaleza situada en un cerro de más de cuatro-

cientos metros de altura, amesetado, situado en el reborde oriental del desierto de Judá. Su superficie es de unos doscientos cuarenta mil metros cuadrados. Es un lugar aislado, impresionante que fue fortificado por Herodes el Grande, dotándolo de grandes reservas de alimentos, de agua, así como de un palacio interno, y sobre todo de unas defensas que lo hacían prácticamente inexpugnable para los sistemas de ataque y sitio de su tiempo. La fortaleza fue testigo de diversos episodios vinculados a Herodes, pero su significado actual proviene de los hechos acaecidos en el año 73, con motivo de la guerra romano-judía. La guerra se inició en el año 66 protagonizada por un grupo denominado los zelotes, en hebreo קנאים, *kana'im*, “celosos de Dios”, los cuales tomaron por sorpresa la fortaleza, degollando a la guarnición romana, formada por algunas cohortes de la *III Legio Galica*. La toma de Massada supuso para la rebelión judía la captura de un enorme arsenal de armas que les permitió levantar un potente ejército. Además, la fortaleza estaba repleta de provisiones en sus almacenes, desde leguminosas a trigo, aceite, vino, etc. Ello alimentó la revuelta y transformó esta fortificación en uno de los nudos claves desde los que se hostigaba a los enemigos. La revuelta fue aplastada en toda Judea gracias a los ejércitos expedicionarios romanos al mando de Tito, el futuro emperador, que después de un sitio muy duro, capturó Jerusalén. Después de la toma de Jerusalén por los romanos, en el año 70, casi un millar de zelotes encabezados por Eleazar ben Yair se refugiaron en Massada y otras fortalezas. El general romano *Lucius Flavius Silva*, que mandaba la *Legio X Fretensis*, decidió terminar con todos los núcleos de resistencia antiromana y dispuso un férreo sitio para Massada. Rodeó la montaña con doce campamentos militares, para alojar en ellos al ejército que contaba con casi diez mil efectivos. Este ejército rodeó al núcleo rebelde con una muralla de más de tres kilómetros de longitud y después de estudiar las vías de acceso decidió que el sendero principal, denominado “Camino de la Serpiente”, un camino de cinco kilómetros, angosto y encajado entre la roca, no era practicable; por ello eligió el segundo acceso, porque en él se podía construir una rampa o *agger* que a lo largo de casi doscientos metros alcanzara los lienzos amurallados a cien metros de altura para atacar directamente la muralla.

Los defensores de la fortaleza, al ver que el ataque era inminente, ya que la estrategia de asedio romana se ejecutaba de forma inexorable, optaron por el suicidio colectivo; el discurso del caudillo Eleazar ben Yair a los últimos defensores de la fortaleza, sus seguidores, según el relato

de un coetáneo, Flavio Josefo, (VII, 28) no deja lugar a dudas: se trataba de un motivo religioso, de identidad religiosa: *“Habiendo determinado mucho tiempo ha, varones muy esforzados, no sujetarme a servidumbre, ni de romanos, ni de cualquiera otra gente, sino servir a Dios solamente, porque éste es sólo el justo y verdadero Señor de los hombres, este es el tiempo en el cual conviene probar con las obras vuestros ánimos (...). Somos los primeros que nos hemos rebelado contra ellos, y los postreros que con ellos guerreamos. Pienso que Dios nos ha concedido la gracia de que podamos morir libres (...). Libres, pues, somos en elegir el género de muerte para nosotros y para los nuestros, porque no pueden esto prohibirnos los enemigos, que sólo desean prendernos vivos y vemos claramente sernos imposible vencerlos peleando (...).”* Los defensores de Massada decidieron a suertes quienes serían los encargados de matar a todos los demás, mujeres, niños y hombres y luego se matarían entre ellos; antes incendiaron el palacio, destruyeron el dinero pero conservaron las provisiones para que los romanos vieran que no se suicidaron por falta de comida, sino porque querían ser judíos y libres. Flavio Josefo (VII, 28) lo relata con estas palabras: *“Después de muertos éstos, matémos los unos a los otros guardando nuestra libertad, y encerrándola con nosotros en nuestras sepulturas; pero primero quememos y demos fuego al castillo y al dinero que dentro de él tenemos: porque ciertamente sé que les pesará a los romanos, si no pudieren haber nuestros cuerpos, y se vieran libres de este trabajo. Dejemos solamente las provisiones, porque ellas nos serán testigos buenos cómo no hemos sido muertos por falta de comer, ni por hambre, sino como habíamos antes determinado, precian-do más y anteponiendo la muerte a la triste servidumbre y cautiverio (...). A la postre todos se sujetaron a la muerte, y quedando el uno y el postre-ro viendo la muchedumbre de los muertos, porque no quedase, por ventura o acaso, alguno que pudiese tener necesidad de sus manos, cuando entendió que todos eran muertos, puso fuego al palacio, y pasándose toda su espada con gran fuerza por todo su cuerpo, murió encima de los suyos. Así fueron éstos muertos, creyendo que ningún ánima quedaba sujeta a los romanos.”* Solo quedaron con vida dos mujeres con algunos niños que estaban refugiados en la mina de agua; ellos fueron los que contaron a los romanos lo sucedido. Según el historiador romano, esto aconteció un 15 de abril del año 73. Los propios conquistadores quedando sorprendidos de tanto valor. El texto de Josefo sirvió de base para la mitificación de la fortaleza de Massada. Entre los años 1963 y 1965

Yigael Yadin (1917-2004) excavó el yacimiento arqueológico en busca de la confirmación de estos relatos. La excavación puso de manifiesto el conjunto arqueológico y aportó datos importantes, pero no confirmó el relato (Yadin, 1977). A pesar de ello, desde la fundación del Estado de Israel y durante mucho tiempo, aquí se realizaba la jura de bandera de los soldados del ejército judío, con la famosa frase "*Massada no volverá a caer*".

Sin embargo, para darse cuenta de hasta que punto este es uno de los ejemplos de patrimonio identitario, es preciso saber que la excavación se hizo con voluntarios y que Yigael Yadin no era un simple investigador; había sido militante activo de la organización *Hagadah* entre 1932 y 1948 jefe del Estado mayor del ejército judío entre 1949 y 1952; posteriormente fue viceprimer ministro y finalmente profesor de arqueología de la Universidad Hebrea desde el 1959. Su vida está unida y es paralela a la fundación del propio estado judío, por lo que representa justamente un ejemplo de arqueólogo que buscó el patrimonio identitario con toda su determinación.

Por lo tanto, el conjunto arqueológico de Massada es un ejemplo de patrimonio cuya función es identitaria; naturalmente ello no es exclusivo de Israel; el patrimonio utilizado como instrumento de identidad es un fenómeno típico de casi todos los nacionalismos europeos y americanos. Un ejemplo, que por antiguo, también es paradigmático es el del bosque de Teutoburgo en Alemania. Se trata de una batalla que se dio en la selva de Teutoburgo, en las proximidades de la actual ciudad de Osnabrück, en la Baja Sajonia. Los acontecimientos ocurrieron en el otoño del año 9 de nuestra Era. Los protagonistas fueron el caudillo germánico Arminio y el general romano Publio Quintilio Varo, que actuaba como gobernador de la provincia romana de Germania Magna. La Galia tenía una larga frontera con Germania; a lo largo de esta frontera los germanos hacían frecuentes incursiones en territorio del Imperio y Roma organizaba a su vez numerosas expediciones de castigo. Aunque las legiones romanas a menudo cruzaban el Rin y llegaban al Elba, no controlaban todo este territorio; solo controlaban enclaves y era necesario mantener una fuerte presión militar sobre ella. El año 9 el gobernador de la provincia cruzó de nuevo el Rin con sus tropas y estableció a las tres legiones de que disponía (la XVII, XVIII y la XIX) en esta zona habitada por bárbaros, los denominados queruscos. Otras dos legiones permanecieron en la otra orilla. Allí pasó el verano y cuando, después de la campaña punitiva, se

preparaba para ir al otro lado del Rin para pasar el invierno, recibió la noticia de un levantamiento local y decidió dar respuesta inmediata antes de invernar con sus tropas. En medio de la marcha, fueron víctimas de una emboscada; todo un conjunto de circunstancias se confabularon contra las legiones romanas: el terreno, el tiempo sumamente lluvioso, la traición, la sorpresa, la pesadez de su impedimento y la deserción, presa del pánico, de la propia caballería. El resultado fue que tres legiones fueron aniquiladas, cada una de ellas compuesta por cinco o seis mil hombres. Fueron todos masacrados; los prisioneros brutalmente torturados y sacrificados a los dioses y el propio general y su estado mayor murieron, bien fuere por suicidio o en medio de la lucha. Un oficial, Casio Querea, dirigió la huida de algunos legionarios que llegaron al otro lado del Rin y explicaron la masacre. La derrota causó estupor en Roma; Augusto se alteró notablemente y Suetonio narra hasta que punto le afectó: "Cuando recibió la noticia mandó colocar en Roma guardias militares para prevenir posibles desordenes; confirmó en sus poderes a los gobernadores de las provincias, para que su experiencia y habilidad contuvieren en su deber a los aliados, y ofreció grandes juegos a Júpiter para que mejorase la situación de la Republica (...) Se dice, en fin, que experimentó tal desesperación, que se dejó crecer la barba y los cabellos durante algunos meses, golpeándose a veces la cabeza contra las paredes y exclamando: 'Quintilio Varo, devuélveme mis legiones'. Lo aniversarios de este desastre fueron para él tristes y lúgubres" (Suetonio, XXIII, 1985, p. 71). Lógicamente Roma mandó un potente ejército para capturar a Arminio, castigar a los bárbaros y recuperar los estandartes de las legiones, ya que su pérdida era una auténtica humillación; Julio César Germánico, a quien se confió la expedición de castigo cumplió con su tarea, pero no pudo capturar al líder rebelde, Arminio. Recupero algunos objetos sagrados y pudo ver el lugar de la masacre, que Tácito, en los *Anales* (II, 60-63) lo narra así: "*A Germánico le vino el deseo de tributar los últimos honores a Varo y a sus soldados. Esta misma consideración se extendió por todo el ejército de Germánico, pensando en sus parientes y amigos, en los azotes de la guerra y en el destino de los hombres. En medio del campo blanqueaban los huesos, separados o amontonados, según hubieran huido o hecho frente. Junto a ellos yacían restos de armas, miembros de caballos y cabezas humanas estaban clavadas en troncos de árboles. En los bosques cercanos había altares bárbaros, junto a los cuales habían sacrificado a los tribunos y a los primeros centuriones.*"

Aunque esta derrota tuvo consecuencias, dado que esta frontera ya no se alteró ni modificó, pues se estimó que el coste militar podría ser muy alto, en el siglo XIX, Arminio y Varo se transformaron en los símbolos de la lucha del buen salvaje, noble y amante de su libertad, contra el latino, corrompido y vago que quiere subyugar a las gentes del norte. El mito de Arminio se vinculó con las antiguas sagas germánicas, y algunos autores como Heinrich Von Kleist (1777-1811) con motivo de las luchas napoleónicas lo utilizaron para estimular el sentimiento antifrancés; en 1839 se levantó una estatua al héroe germánico en una colina cerca de Detmold, en el área de Teutoburgo que fue magníficamente completado después de la guerra franco prusiana de 1870-1871. Naturalmente durante el III Reich la historia fue muy popular e incluso en la *bundesliga* hay un equipo de fútbol que lleva su nombre. También los emigrantes alemanes en Estados Unidos, en el siglo XIX levantaron un monumento a Herminio en New Ulm (Minnesota).

Desde el punto de vista arqueológico y patrimonial, los grandes historiadores alemanes como Theodor Mommsen (1817-1903) buscaron el lugar exacto de la batalla; en 1987 Wolfgang Schluter demostró que la batalla había tenido lugar en la colina de Kalkriese, a 15 kilómetros al NW de la ciudad de Osnabrück, situada a 180 kilómetros de Colonia. Hoy el lugar está museizado¹.

Analizados estos dos ejemplos, que podrían multiplicarse *ad infinitum*, cabe plantearse los dos usos posibles del patrimonio identitario desde la óptica educativa; por una parte hay un posible uso de la identidad como arma, es decir, utilizarlo para adoctrinar, domesticar y moldear la mente, imponiendo los criterios de la propia identidad en detrimento de otros. Transformar el patrimonio en una especie de abanderado del orgullo de la patria, alimentador de mitos, leyendas no es precisamente hacer un uso educativo del patrimonio ni de la identidad. Por lo tanto, para saber si el uso del patrimonio es educativo o no, hay que prescindir de su fraseología y remitirse a su fundamento y a su función en un contexto determinado.

1 Véase: <http://www.kalkriese-varusschlacht.de/>. Además existen múltiples producciones cinematográficas, un videojuego, novelas históricas y de ficción.

Colofón. Identidades educadoras e identidades perversas

Cuando el patrimonio identitario se fundamenta en el respeto por el otro, en el orgullo legítimo de la obra individual o colectiva de un grupo humano y cuando emite valores positivos, forma parte de las herramientas de la educación. Asimismo, cuando el contexto en el que se utiliza el patrimonio no permite su manipulación; cuando el mensaje es nítido y claro se está ante un patrimonio válido para educar. E incluso, cuando un elemento patrimonial ha surgido de un pasado oscuro, criminal y obscuro, como los campos de concentración de todas las épocas, puede convertirse en educativo según el contexto en el que se utilice. Un ejemplo puede ser el caso de los campos de concentración para japoneses creados en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, denominados eufemísticamente "*Relocation Camps*". La idea de estos campos surgió después del ataque de Pearl Harbor; fueron concebidos para internar en ellos, de forma forzosa, a los japoneses que vivían en Estados Unidos. Toda la administración norteamericana fue cómplice de este crimen que significó la privación de libertad de más de 120.000 personas. La orden presidencial se firmó el 19 de febrero de 1942; los ciudadanos norteamericanos de origen japonés fueron obligados a vender sus casas y sus pertenencias en ocho días; de esta forma perdieron todos sus bienes; murieron a millares detrás de las alambradas; hasta el final de la guerra no se liberó a los supervivientes, sin compensaciones de ninguna clase, sin devolverles lo que se les quitó, sin darles ninguna explicación: habían sido internados tan sólo por su origen étnico, por su "raza". Hoy podríamos preguntar: ¿Cuántos de estos campos de concentración se han museizado? ¿Dónde se puede tomar conciencia de este crimen? Hay que preguntarse, ¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cómo en un país que en su declaración de Independencia se afirma que todos los hombres son creados libres e iguales, pudo suceder esto? La lección que se desprende de esta historia es que cuando se olvidan los derechos de las personas, las leyes dejan de tener legitimidad. Y este patrimonio inmaterial, hoy tan sólo presente en el recuerdo de los hijos y nietos de quienes fueron víctimas de la injusticia y la crueldad, contiene un gran potencial educador. Sin embargo, tan solo una exposición temporal en el Museo de Historia de América en la Smithsonian recordó esta historia, recopiló la memoria y recuperó algunos objetos. Y es que el patrimonio puede ser siempre una herramienta educativa.

Sin embargo, fuere para bien o para mal, el fenómeno identitario, generador de patrimonio es inherente a la propia cultura. En efecto, cualquier grupo humano con una cierta conciencia de su “particularidad” necesita visibilizarse, es decir, salir a escena, mostrando aquello que cree que le diferencia. Algunas comunidades exhiben los signos de su condición diferenciada de forma permanente; a veces es mediante la indumentaria, las señales “confesionales”, los uniformes, los hábitos religiosos, detalles sobre su adscripción social, los “argots” idiomáticos o incluso los propios idiomas, etc. Todo esto no es otra cosa que variantes de la voluntad de diferenciación.

Hay otros grupos humanos que manifiestan su identidad mediante escenificaciones públicas que suelen ser cíclicas. Es una especie de necesidad de auto celebración. No es necesario decir que estas manifestaciones públicas de “etnicidad” o de identidad son el motor para crear el rico y variado patrimonio inmaterial, a veces reconocido y otras veces perseguido.

Mediante todas estas formas, ciertamente variadas, las comunidades y los grupos humanos exteriorizan la propia identidad. Sin embargo sería un error creer que exteriorizan todos estos rasgos diferenciales porque su cultura es diferente; la realidad puede ser a la inversa: adoptamos rasgos singulares diferenciados porque previamente hemos optado por la diferencia; son los mecanismos de diversificación los que provocan la búsqueda de indicadores que proporcionen un cierto contenido a esta diferenciación de un grupo humano con respecto a los demás. A partir de aquí, el contenido de esta diversificación puede incluso llegar a ser arbitrario, o como explica Hobsbawm (1962), sencillamente inventado. Es como un espejismo identitario, que utiliza todo tipo de estrategias para obtener legitimidad; y estas justificaciones pueden ser históricas, religiosas, económicas, lingüísticas, vindicativas o simplemente mitos. En todo caso, aun cuando la identidad es algo muy impreciso, que puede utilizar un concepto u otro, según las circunstancias, es también indispensable, ya que todos los grupos humanos necesitan tenerla y, en todo caso, siempre generan un rico patrimonio, ya sea material o inmaterial, base de la diversidad humana.

La diferenciación de las diversas identidades en las sociedades humanas, junto con el patrimonio que generan, cumple la función de garantizar la organización social y la comunicación. De esta forma las culturas se asemejan a grandes lentes binoculares; cuando se mira con una se

ve una realidad; cuando se mira con la otra aparece una realidad distinta, pero cuando se mira con las dos se obtiene la *profundidad*. Pocas veces un símil puede ser tan claro como en este caso; las identidades dan profundidad a la mirada humana. Sin embargo, la diferencia y la identidad, no pueden negar que existe una cierta homogeneidad; los humanos adoptamos una gran cantidad de formas culturales, pero siempre somos básicamente lo mismo: humanos. Cuando la identidad produce exclusión de algunos seres humanos y genera la persecución de la diferencia, de aquellos que se comportan diferente, creen en cosas diferentes o hablan diferente, podemos hallarnos ante un ejemplo de identidad pervertida; es el racismo y la xenofobia (Maalouf, 1999). Por esta razón, uno de los teóricos del nazismo, Carl Schmitt, definía la política como la lucha del amigo contra el enemigo (Ramoneda, 1996, pp. 9-10).

Referencias bibliográficas

- Beals, R. y Hoiwje, H. (1968). *Introducción a la antropología*. Madrid: Aguilar.
- Delumeau, J. (1967). *La reforma*, Barcelona: Labor.
- Flavio Josefo (1557). *La guerra de los judíos*. Traducción de Juan Martín Cordero. Amberes.
- Hernández, F.X. y Santacana, J. (2009). Las museografías emergentes en el espacio europeo occidental, *Hermes*, 1, 8-20.
- Hobsbawm, E.J. (1962). *The age of revolution Europe, 1789-1848*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- Maalouh, A (1999). *Identidades asesinas*. Alianza Editorial. Madrid.
- Plutarco (1964). *Vidas paralelas*. Trad. Sanz Romanillos; Ortiz Sanz, J, y Riaño, J.M. Madrid: Aguilar
- Ramoneda, J. (1996). Diferencia i llibertat. *La ciutat de la diferencia*. Barcelona: Fundación Baruch Spinoza.
- Santacana, J. & Hernández, F.X. (2011). *Museos de historia. Entre la taxidermia y el nomadismo*. Gijón: Trea.
- Santacana, J. y Llonch, N. (2012). *Manual de didáctica del objeto en el museo*. Gijón: Trea.
- Suetonio, C. (1985). *Los doce césares*. Barcelona: Orbis.
- Tácito (1964). *Los anales. Augusto-Tiberio*. Madrid: Ed. Espasa-Calpe.
- Tylor, E. (1920). *Primitive culture. Researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art and custom*. London: J. Murray ed.
- Yadin, Y. (1977). *Masada. La fortaleza de Herodes y el último bastión de los zelotes*. Barcelona: Destino.